

"Conocimiento Verdadero"

Los de Berea no se contentaban con solo escuchar la predicación del apóstol Pablo. Ellos verificaban lo que escuchaban yendo a la Palabra de Dios. Hechos 17:11 dice: "Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así." Muchos de los de Berea creyeron en Jesucristo, pero otros rechazaron a Pablo y la verdad del evangelio. Alborotaron a las multitudes contra Pablo. Espero, y oro para que estés dispuesto a oír lo que dice la Escritura. Quiero que todos conozcan el amor de Dios.

Pablo oró en Efesios 3:17 al 19 "para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones, a fin de que, arraigados y cimentados en amor, seáis plenamente capaces de comprender con todos los santos cuál sea la anchura, la longitud, la profundidad y la altura, y de conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para que seáis llenos de toda la plenitud de Dios." Cuando las personas conocen el amor de Dios y la verdad de la Palabra de Dios, encuentran verdadera bendición. Y no quiero que nadie pierda la oportunidad de vivir cerca de Dios en esta vida o en la venidera.

Ahora adoraremos con cántico, leeremos Colosenses 2:1 al 4, y examinaremos los tesoros de sabiduría y conocimiento que se pueden hallar al conocer a Cristo Jesús.

Nuestra lectura hoy es de Colosenses capítulo 2, versículos 1 al 4. Y aquí el apóstol Pablo muestra su gran amor por esta iglesia joven. Que podía ser influenciada por muchas cosas que podrían hacerles daño. Así que les dice:

"Porque quiero que sepáis cuán gran lucha sostengo por vosotros, y por los que están en Laodicea, y por todos los que nunca han visto mi rostro; para que sean consolados sus corazones, unidos en amor, hasta alcanzar todas las riquezas de pleno entendimiento, a fin de conocer el misterio de Dios el Padre, y de Cristo, en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento. Y esto lo digo para que nadie os engañe con palabras persuasivas."

Por supuesto, eso es lo que también queremos: un conocimiento verdadero de Jesucristo. Oremos juntos. Padre celestial, te damos gracias porque podemos acudir a Tu Palabra para saber lo que es verdadero y separarlo de las cosas que son meras especulaciones y falsedades. Y Padre, oremos para que siempre hagamos Tu voluntad y Te amemos. En el nombre de Jesús, Amén.

Las personas de este mundo han visto la vida de manera muy diferente a la que enseña el verdadero conocimiento en Cristo. En muchos casos, las perspectivas y actitudes de las personas han seguido el camino ancho y fácil que lleva a la perdición. Se sienten satisfechos con su vida actual pero han perdido de vista a Dios y la eternidad. Se sienten cómodos tomando a Dios y la salvación a la ligera. Muchos están tan enfocados en su propio placer, que han perdido de vista la responsabilidad que tienen ante Dios. Salomón dijo en Eclesiastés 11 y versículo 9: "Alégrate, joven, en tu juventud, y tome placer tu corazón en los días de tu adolescencia; y anda en los caminos de tu corazón y en la vista de tus ojos; pero sabe, que sobre todas estas cosas te juzgará Dios."

Hoy estamos viendo varias ideas comunes que las personas tienen sobre la vida y comparándolas con el verdadero conocimiento revelado en la Palabra de Dios. Primero, algunas personas han decidido aferrarse solo a la "verdad que funciona para mí." Son prácticos, pragmáticos. Mientras sean felices y eviten problemas, están contentos con lo que creen. Un cristiano, en cambio, busca agradar a Dios. Desea ser un verdadero discípulo de Cristo y encontrar la verdad que lo libere de la maldición del pecado

y de la mentira. Las falsedades llevan a falsas esperanzas. Sería trágico enfrentar a Dios en el día final sin estar preparado ni salvo, dándose cuenta de que disfrutaste esta vida pero serás rechazado en la venidera. Las formas terrenales pueden funcionar en el presente, pero solo seguir a Cristo puede funcionar para la eternidad.

Segundo, algunos piensan que no podemos conocer la verdad y que no existen los absolutos. Piensan que, como no podemos saberlo todo, entonces no podemos saber nada. Bueno, si tuviéramos que saberlo todo, nadie podría funcionar en este mundo. No tengo que saberlo todo para conducir un automóvil, graduarme de la universidad o hacer mi trabajo. Lo que sí debo saber es lo que importa. El Señor Jesús dijo en Juan 8:31 al 32: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.”

La Palabra de Dios nos da lo que necesitamos saber para funcionar como cristianos. Dios ha revelado lo que importa y lo que es provechoso. 2 Timoteo 3:16 al 17 dice: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” La palabra inspirada de Dios nos enseña lo que debemos saber, lo que no debemos hacer, lo que necesitamos corregir y cómo ser personas instruidas en justicia. La Palabra de Dios fue dada para llevarnos a la madurez en la justicia y como buenos siervos. Podemos llegar a ser funcionalmente todo lo que Dios desea mediante el estudio y la aplicación de Su Palabra. El Señor no ha dejado de enseñarnos las palabras de vida eterna. Siempre han estado disponibles en Su Palabra.

Tercero, algunos creen en ser tolerantes y dejar que otros hagan lo que les plazca. Bueno, esto suena civilizado y amable, pero ignora la diferencia entre lo que importa y lo que no. Muchas cosas no importan, y no deberíamos pasar la vida criticando y juzgando a otros por cosas que no tienen importancia. Pero lo que Dios llama pecado, eso sí importa. Las leyes morales de Dios no son sin sentido. Las personas a menudo pierden de vista el daño del comportamiento inmoral. El pecado ofende a Dios, daña a otros y condena el alma. El pecado es nuestro enemigo. El mal en este mundo debe ser combatido, y por eso existen la policía, los tribunales y el ejército. Sin ellos, nuestras vidas estarían llenas de caos y miseria.

Dios no nos da leyes morales sin razón. Las leyes de Dios son “para nuestro bien todos los días” (Deuteronomio 6:24). Verás, Dios es más sabio que nosotros. Él sabe el daño que ocurre cuando las personas quebrantan Sus mandamientos. Las personas pecan por placer, pero rara vez consideran el dolor que causan a otros. Mentir, engañar, robar, embriagarse, la lujuria, los pecados sexuales, la ambición egoísta, el orgullo altivo y cosas similares han causado un sufrimiento y una miseria incalculables. Cuando las personas se endurecen por el engaño del pecado, apartan su corazón de Dios. 1 Reyes 11:4 dice: “Y cuando Salomón era ya viejo, sus mujeres inclinaron su corazón tras dioses ajenos, y su corazón no era perfecto con Jehová su Dios, como el corazón de David su padre.”

El pecado esclaviza. Y el Señor dijo en Juan 8:34: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado.” Ahora bien, los esclavos del pecado harán cualquier cosa para retener el placer del pecado. Los drogadictos se deshonran a sí mismos y roban a otros solo para conseguir más drogas. Tristemente, algunos cristianos que antes eran fieles al Señor escogen los placeres del pecado en lugar del Señor. Pedro describe esto en 2 Pedro 2:20 al 22: “Ciertamente, si habiéndose ellos escapado de las contaminaciones del mundo, por el conocimiento del Señor y Salvador Jesucristo, enredándose otra vez en ellas son vencidos, su postrer estado viene a ser peor que el primero. Porque

mejor les hubiera sido no haber conocido el camino de la justicia, que después de haberlo conocido, volverse atrás del santo mandamiento que les fue dado. Pero les ha acontecido lo del verdadero proverbio: El perro vuelve a su vómito, y la puerca lavada a revolcarse en el cieno.” El pecado nos hace feos y nos avergüenza; y nos separa de Dios.

Por esta razón, porque amamos las almas de todos, no podemos quedarnos callados ante el pecado. Dios le dijo al profeta Ezequiel en Ezequiel 3:17 al 19: “Hijo de hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel; oirás, pues, tú la palabra de mi boca, y los amonestarás de mi parte. Cuando yo dijere al impío: De cierto morirás; y tú no le amonestares ni le hablores, para que el impío sea apercibido de su mal camino a fin de que viva, el impío morirá por su maldad, pero su sangre demandaré de tu mano.”

No desprecies a la persona que te llama al arrepentimiento. Él está siendo fiel a Dios y mostrando amor por tu alma.

El arrepentimiento obra juntamente con la gracia de Dios para traer sanidad a un pecador perdido. El hijo pródigo solo trajo daño y vergüenza sobre sí mismo mientras vivió en pecado. Y cuando volvió en sí, se arrepintió y regresó a una vida de justicia. La gracia de Dios puede perdonar nuestros pecados, pero no obra si no nos arrepentimos. El arrepentimiento es cómo corregimos nuestras vidas y llegamos a ser el pueblo de Dios, el pueblo que Dios quiso que fuéramos. 2 Pedro 3:9 dice: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.”

Cuarto, algunos no ven lugar para la “religión institucional”; quieren espiritualidad sin ser parte de una iglesia. Aunque la mayoría de las personas creen que hay un poder sobrenatural, muchos han rechazado ser parte de una comunidad de fe. Una encuesta reciente de Barna dice que solo el 20 por ciento de los estadounidenses se identifican como “cristianos que valoran su fe y asisten a la iglesia al menos una vez al mes.” Aunque muchos se enfocan en los problemas con la religión, las Escrituras presentan una visión muy diferente de la iglesia. La iglesia como Dios la concibió es muy distinta a la religión de nuestra cultura.

El Señor Jesús nunca recomendó que la iglesia iniciara guerras ni que matara a los herejes; esas ideas vinieron de hombres con ambición egoísta. Romanos 12:17 al 21 enseña: “No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.”

El Señor nunca recomendó que la iglesia tuviera jerarquías ricas en poder dentro de esos lugares; Él enseñó que los líderes debían ser siervos. El Señor Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: “Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas entre vosotros no será así, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro siervo; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.” (Mateo 20:25-28).

El Señor Jesús nunca buscó usar el ministerio como medio para hacer millonarios. El cristianismo del Nuevo Testamento implica una vida abundante de devoción espiritual a Dios; no es un evangelio de salud y prosperidad. Los apóstoles Pedro y Juan pudieron decirle al cojo que sanaron en el templo en Hechos

3:6: “No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy; en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda.” Verás, los verdaderos cristianos buscan hacer tesoros en el cielo.

Cuando Simón el mago quiso comprar la capacidad de dar dones milagrosos a otros, Pedro respondió en Hechos 8:20 al 23: “Tu dinero perezca contigo, porque has pensado que el don de Dios se obtiene con dinero. No tienes tú parte ni suerte en este asunto, porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepiéntete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizá te sea perdonado el pensamiento de tu corazón; porque en hiel de amargura y en prisión de maldad veo que estás.” La iglesia no es un negocio para hacer dinero; es un ministerio para bendecir a otros.

El Señor nunca quiso convertir la adoración en entretenimiento; Él quiere que la adoración sea en espíritu y en verdad. El Señor Jesús dijo en Juan 4:23-24: “Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” En la verdadera adoración, Dios es glorificado y alabado. Agradar a la gente con entretenimiento para atraerla nunca ha sido la intención de Dios.

¿Qué es la iglesia? Bueno, el Señor Jesús edificó Su iglesia, y le pertenece a Él (Mateo 16:18). Es una familia, la familia de Dios (1 Timoteo 3:15). Dios es nuestro Padre, y el Señor Jesús es un hermano para todos nosotros en la iglesia (Hebreos 2:11). La iglesia es el reino. La iglesia comprada con sangre de Hechos 20:28 es el reino comprado con sangre de Apocalipsis 5:9-10. Es el cuerpo de Cristo, y Cristo es su cabeza (Efesios 5:21-22; también en Efesios 1:21-23). Sí, la iglesia también es la esposa de Cristo (Efesios 5:22-31).

La iglesia está compuesta por congregaciones locales; pero su sede está en el cielo con el Señor, su único y verdadero cabeza. Él es Rey de reyes y Señor de señores; Él tiene toda autoridad en el cielo y en la tierra ahora. Y cuando se establecieron congregaciones locales en el Nuevo Testamento, se nombraron ancianos o pastores y diáconos (Filipenses 1:1). No había arzobispos sobre muchas congregaciones. El primer día de la semana, lo que llamamos domingo, se reunían para cantar, orar, estudiar la Palabra de Dios, tomar la Cena del Señor, y también apoyar financieramente las buenas obras. El propósito de la iglesia es salvar a los perdidos y mantener salvos a los salvos. No se puede tener a Cristo sin la iglesia.

Oremos juntos. Padre celestial, estamos agradecidos de que en Tu amor, en Tu gracia y en Tu sabiduría, creaste una iglesia para que pudiéramos ser parte de ella. Parte de Tu familia, miembros de Tu cuerpo. Y Padre, oramos para que te amemos, y que siempre te sirvamos. En el nombre de Jesús, amén.

Si encontraras la verdad y te dieras cuenta de que lo que te enseñaron no era verdad, ¿qué harías? ¿Lo ignorarías o lo dudarías? ¿O lo aceptarías? Cuando el hijo pródigo volvió en sí, se arrepintió y regresó a casa. Cuando los judíos que crucificaron a Jesús se dieron cuenta de que Él realmente era el Señor y el Cristo, recibieron con gusto el mensaje de Pedro, se arrepintieron y fueron bautizados; y se convirtieron en cristianos. Cuando Pablo comprendió que Jesús había resucitado de los muertos y era Señor, dejó de perseguir a la iglesia y siguió a Cristo.

Es difícil aceptar que lo que hemos escuchado repetidamente no es verdad. Cambiar nuestras creencias puede cambiar radicalmente nuestras vidas. Romanos 12:2 dice: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.” ¿Estás dispuesto a seguir a Jesús?

Para convertirte en cristiano debes escuchar lo que el Señor dice y seguirlo con fe y confianza. Debes apartarte del pecado y tener hambre de justicia. Si no te arrepientes, realmente no crees. Pedro dijo al pueblo en el día de Pentecostés en el primer sermón del evangelio en Hechos 2:38: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo.” Ahora bien, la gente no discutió lo que Pedro dijo ni intentó cambiar lo que dijo. Recibieron con gozo el mensaje, se arrepintieron y fueron bautizados (verso 41).

No le pidieron a Jesús que entrara en sus corazones ni dijeron una oración del pecador. No, se arrepintieron y fueron bautizados. Su perdón vino después del arrepentimiento y el bautismo. No fueron salvos y luego bautizados, sino que fueron bautizados y entonces salvos. Dios actúa en el bautismo para darnos vida juntamente con Cristo y perdonar nuestros pecados (Colosenses 2:12-13). Sigamos el plan de Dios.